

El «Lazarillo», texto incompleto: más especulaciones

Entre el final del «Prólogo» y el final de la novela *Lazarillo de Tormes*, se abre un abismo ideológico de difícil solución. De hecho, Francisco Ayala, uno de los pocos en enfrentarse directa y concretamente con el problema, sólo tiene como respuesta una pregunta de carácter hipotético¹. Pero no se trata tan solamente de una contradicción de tono y sentido novelescos. Incluso, el carácter enigmático aquí desaparece si distinguimos entre ideología de clase e ideología personal, conforme nos autoriza a hacer la novela².

Otro enigma y otro contrasentido es lo que nos preocupa más ahora. Ya no se trata de la relación entre el principio y el final de la obra nítidamente resumida, con todo su sentido contradictorio, en dos frases. Nos basta con la primera, la frase final del «Prólogo», y su relación ahora con los personajes que aparecen en el *Lazarillo*.

(1) «Pues bien, ¿acaso no pudiera haberse añadido aquella última frase al texto... con el propósito de tender un puente, convirtiendo en sarcasmo mediante un giro de ironía muy acre, desesperada, lo que en el prólogo está escrito con tono absolutamente serio?» (se refiere el crítico aquí a la última frase de Burgos, y no a la añadidura de Alcalá), *El Lazarillo: reexaminado* (Madrid: Cuadernos Taurus, 1971), p. 86. También lleva este libro el título *El Lazarillo: nuevo examen de algunos aspectos* en la parte interior, siendo el primer título el de la cubierta.

(2) Y según nos esforzamos por comprobar en «El planteamiento ideológico del *Lazarillo*», a ser publicado en *Literature and Ideologies*. Resumiendo una de las premisas de este trabajo, la actitud personal de Lázaro al final, no desvaloriza la actitud de clase que se registra en la última frase del «Prólogo».

¿Quiénes, desde el punto de vista económico, resultan ser «los que heredaron nobles estados?»³. Sólo los miembros del clero (si bien veremos que el Maestro de pintar panderos merece algunas palabras en este sentido).

Llama la atención el que la crítica no haya insistido con todo su debido peso en este hecho. No basta con simplemente afirmar que se trata de una obra anticlerical. Incluso, hablar de un anticlericalismo erasmista, o de origen alumbrado, protestante, hereje, así como de un resentimiento anticlerical por parte de un judío converso, resulta aun inexacto, pese a toda la validez que puedan tener estos argumentos. Pues precisamente la novedad del anticlericalismo lanzarillesco reside en esa íntima unión entre clero y economía social. Ya no se ataca simplemente el lujo, la codicia, la traición a los ideales de pobreza y humildad que registran los Evangelios: la crítica ahora trasciende el orden particular y de clase, y viene a caer en la relación entre ésta y la sociedad. No este tipo de clero, no esta clase clerical, todo el clero como clase social detentando el poder socio-económico de la sociedad. Mucho menos, pues, podemos pensar que el *Lazarillo* se limita en su aspecto anticlerical al de los *fabliaux* medievales⁴.

Habría que buscar mucho para encontrar otra obra que tan explícita y rotundamente plantee el problema de la lucha de clases, como lo hace el *Lazarillo* al final de su «Prólogo». Y no limitamos la afirmación a obras de aquella época en que sale a luz la novelita anónima. Más que encabezar la novela picaresca, encabeza el *Lazarillo* acaso todo un género (para los que aceptan que el género novelesco, de una forma u otra, siempre implica a la sociedad en su lucha de clases).

(3) P. 89. Citamos siempre de la edición de Alberto Blecuca (Madrid: Clásicos Castalia, 1971).

(4) Como afirma Marcel Bataillon y censura Manuel J. Asensio. «La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés», *Hispanic Review*, XXVII (January, 1959), pp. 86-87.

Francisco Márquez Villanueva, en «La actitud espiritual del *Lazarillo*», *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI* (Madrid: Alfaguara, 1968), p. 129, se acerca a nuestro punto de vista al señalar cómo el anticlericalismo del *Lazarillo* trasciende el alcance normal del término, convirtiéndose el clero en fuente del mal social, si bien a nosotros nos parece conveniente insistir algo más en la causa económica aquí.

Ciertamente, encabeza a aquel tipo de novela que se enfrenta de modo más o menos visible con el hombre como animal social. Pues bien: expresa el *Lazarillo* su problemática social que lleva a primer plano la lucha de clases, justamente a través del papel socio-económicamente opresor del clero. Apréciase bien y del todo ese carácter revolucionario de su anticlericalismo.

Dicho de otro modo, el *Lazarillo* explica las nuevas estructuras económicas que perduran hasta hoy día, usando al clero como la clase explotadora que no permite la justa repartición de la riqueza. Sólo hace falta trocar la idea de la Iglesia por la de una corporación multinacional, y la del clero, por la de unos ejecutivos, para darnos cuenta de la vigencia de esa su visión socio-económica. Desde el punto de vista literario y estructural, sin embargo, queda en pie el enigma: ¿por qué el *Lazarillo* anuncia al final del «Prólogo» —y con indudable favoritismo— la lucha de clases, para después limitarse al clero cuando nos presenta el bando explotador? Nada en esa parte nos ha preparado para semejante giro. La mención del predicador y su vanidad, va insertada entre dos ejemplos no clericales (véase pp. 88-89). Por lo demás, dado el ambiente de la primera mitad del siglo XVI, mayor razón habría para pensar que el autor hacía referencia concreta y nada limitada al creciente poder de «los que viven por sus manos» en su lucha por arrebatar justamente el poder de «los ricos», para aprovechar la terminología que un siglo antes usara Jorge Manrique. No es esta época que ve el levantamiento de campesinos en Alemania, y el de los comuneros —movimiento esencialmente burgués (pese al entusiasmo inicial de la nobleza urbana)— en España, la más propicia para enfocar la lucha de clases desde un ataque exclusivamente anticlerical. Por eso, cuando la crítica interpreta el *Lazarillo* como el ataque de un gran señor en contra de las clases que no han heredado una posición social de poder, hay que reconocer ante todo —e independientemente de la validez de dicha interpretación—⁵ que se ha obviado aquí

(5) Aunque la rechazamos en «Caracterización literaria e ideología social en el *Lazarillo de Tormes*» que será publicado en *Actas del Primer Congreso Internacional de la Picaresca*.

una de las condiciones fundamentales que exige la obra, la cual no trata de dicha lucha sin más, sino dándole un matiz clerical muy especial.

Ni el Ciego, ni el Hidalgo, ni el Alguacil para quienes trabajó Lázaro en un momento dado, manejan su economía. Se trata de un mendigo, de un hidalgo arruinado, de un funcionario asalariado. Sólo el Maestro de pintar panderos ofrece alguna variación en este sentido. Pero, a lo sumo, se trataría de un pequeño comerciante. La diferencia entre su condición económica y la de los amos clericales, respaldados por una poderosa institución, queda bastante clara. Además, su aparición en la novela es de carácter relampagueante, comparado incluso con las de los amos clericales de los tratados breves, para no hablar ya del Clérigo de Maqueda y del Buldero. Sigue siendo curiosa esa variación y posible excepción de un amo laico que en cierta medida ejerce algún control sobre su economía, dependiendo de la relación oferta-demanda de la sociedad capitalista, y no de un sueldo, ni de la buena voluntad de la gente, o de su mozo. No pasa de ser una curiosidad, sin embargo, aunque ya veremos que no termina ahí el asunto.

Por otro lado, la condición clerical basta para asegurar entrada económica: provee automáticamente oficios litúrgicos y otras posibilidades —desde la venta de bulas a la de agua— que rinden dinero. Salvo esa posibilidad mencionada del Maestro de pintar panderos (con su gran contraste, en todo caso), sólo el clero disfruta de semejante situación privilegiada, para volver a insistir ahora, tras de haber concretado algo el asunto.

Tampoco debemos menospreciar el valor de la curiosidad para cierto tipo de investigación. Es cierto que ese caso del Maestro poco, o en nada fundamental, altera la estructura socio-económica que presenta y ataca la novela. Pero para quienes nos intriga la estructuración general de la obra, esa pequeña inconsistencia —aún cuando sólo como posibilidad— puede estar preñada de indicios y reflexiones, mucho más al relacionarla con el anterior enigma que plantea el final del «Prólogo» y la explotación económica a manos de personajes

exclusivamente clericales (seguimos insistiendo, pues, en el carácter accidentado del Maestro en este sentido).

En primer lugar, razón hay para sospechar que el autor dio marcha atrás a sus planes o esquema originales. Comenzó escribiendo un ataque en contra de los nobles, y terminó limitándolo al clero. Quizá en algún momento pensó disfrazar el ataque anticlerical dentro de otro en contra de la nobleza en general. Posiblemente esto le hubiese permitido poner su nombre a su obra. O acaso quería simplemente unir las dos críticas a una tercera, la de la monarquía. Con lo cual queda explicada la alusión insultante a Carlos V⁶. Clero, nobleza y monarquía: un triple blanco para el ataque de un hombre que se identificaría con una burguesía de corte liberal que en aquel momento se sentiría asfixiada —aun antes de acabar de nacer, podría decirse— por dichos bandos. Conocida es la antipatía tradicional de la Iglesia hacia la idea y clases que pretenden violar el mandato divino a través de un ascenso social que libere al hombre de su condición original al nacer⁷. No menos conocida, y lógica, es la enemistad entre la nobleza y la burguesía que terminará por absorber el poder socio-económico de aquélla. Finalmente, tampoco hay que olvidar

(6) Nos resistimos a aceptar, pues, que la mención de Carlos V se limite a la intención de fechar un escrito que venía circulando en copias desde hace algún tiempo (véase Ayala, *op. cit.*, p. 84). Pero tampoco nos resulta del todo convincente lo que afirma Alberto del Monte en *Itinerario de la novela picaresca española*, traducción de Enrique Sordo (Barcelona: Editorial Lumen, 1971), pp. 39-40. Puede que los argumentos de del Monte ahí tengan algún fundamento histórico-político, pero lo que no vemos del todo claro es la relación que guardan dichos argumentos con el texto del *Lazarillo*.

Volviendo ahora a la seductora idea (aunque no para Márquez Villanueva, *art. cit.*, pp. 117-118) de un manuscrito que ha corrido en copias durante cierto periodo de tiempo antes de publicarse, es José Caso González quien ha insistido más en esta posibilidad, especialmente en «La génesis del *Lazarillo de Tormes*», *Archivum*, XVI (1966), donde llega incluso a sospechar que hubo un *Libro de Lázaro de Tormes*, hoy desconocido, que pudo servir a otras versiones, entre las cuales estarían las tres ediciones de 1554. Pero véase también «La primera edición del *Lazarillo de Tormes* y su relación con los textos de 1554», *Studia Hispanica in Honorem R. Lupesa* (Madrid: Editorial Gredos, 1972), así como «Las ediciones desconocidas», «Prólogo» a su edición del *Lazarillo* (Madrid: Anejos del Boletín de la Real Academia Española, 1967), pp. 11-14.

(7) Relaciona el tema con el *Lazarillo* Márquez Villanueva, *art. cit.*, pp. 92-99 («El pecado de Lázaro»). Véase especialmente pp. 95-96, aunque por los escritos nuestros antes citados, se verá que no compartimos todas las ideas aquí. Véase también a Francisco Rico, «*Lazarillo de Tormes* o la polisemia», *La novela picaresca y el punto de vista* (Barcelona: Seix Barral, 1970), p. 49.

que la lucha entre monarquía y nobleza tuvo su complemento burgués, por ejemplo, en el ya mencionado caso de los Comuneros.

En este terreno nada firme de la especulación —y a especular es a lo que se tiene que resignar uno en estos casos— las posibilidades se alteran con gran facilidad. Fijémonos ahora en las posibilidades que encierra la figura de Vuestra Merced. También llama la atención el que una obra que se presta tanto a la especulación, y sobre la cual se ha especulado tanto, de hecho, se haya ignorado la importancia de intentar precisar lo más posible la condición social de quien recibe la carta. Sabemos, sí, que tiene que tratarse de un señor lo bastante poderoso, hasta convertirse en juez del «caso». En vista de ese enigma que nos preocupa ahora, sin embargo, lo que más urge saber es si Vuestra Merced es o no miembro del clero, o de la nobleza (no clerical). La lectura de la novela cambia radicalmente de acuerdo a la conclusión que elegimos.

Si argüimos que por ser el superior del Arcipreste de San Salvador, Vuestra Merced debiera ser miembro del clero⁸, nada ha cambiado en cuanto a la clase específica que ataca la novela. Sigue siendo el clero exclusivamente, y hasta podría pensarse que el «Prólogo» oculta a propósito dicho ataque. De este modo, el lector clerical no se resistirá desde el principio a la lectura de una obra anticlerical, pero que no se anuncia como tal. La crítica en contra de los amos laicos, las adversidades que pasó Lazarillo con el Ciego y el Hidalgo, servirían así también de una especie de disfraz que diera la impresión de tratarse de un ataque más difundido en contra de la crueldad social en general. Al final de la carta, sin embargo, Vuestra Merced se daría cuenta de que ha esperado en vano dicho ataque, ya que —impresiones aparte— se impone ahora claramente la realidad de ese anticlericalismo basado en razones económicas.

Por otro lado, pensar que Vuestra Merced es un miembro de la clase noble, explicaría de manera consistente ese enigma

(8) Véase Fred Abrams, «To Whom Was the Anonymous *Lazarillo de Tormes* Dedicated?». *Romance Notes*. VIII (1967), pp. 275-277, especialmente p. 275.

de plantear la lucha de clases, para después restringirla al clero. En este caso, se suscitaría de nuevo la idea de una obra con intenciones originales de criticar a la clase noble, así como al clero. Pero la mención de Carlos V cobra ahora una posibilidad especial al recordar que en las Cortes de 1538, «después de algunos enfrentamientos, la nobleza es sometida»⁹. Es decir, sin dejar necesariamente de implicar crítica de la monarquía también aquí, el socarrón de Lázaro le estaría recordando al Vuestra Merced noble una reciente derrota de su clase¹⁰.

Si barajamos todas las posibilidades, claro está que hay que pensar también en ambos un miembro del clero y de la nobleza. En este caso, las especulaciones anteriores se combinarían, y lo dicho en cuanto a cada posibilidad se concentraría en esa sola especulación de un noble clerical, acoplándose, claro está también, a las exigencias lógicas de esta nueva posibilidad (por ejemplo, ya se modificaría la idea de un disfraz para disimular el anticlericalismo). Confesamos que esta alternativa no nos atrae tanto como las otras dos, pues pierde algo de la sutileza del *Lazarillo* este doble ataque frontal (aun cuando el estado incompleto del texto permita pensar que el autor elaboraría en un futuro el tema con mayor finura). Por otro lado, pensar que Vuestra Merced pueda ser un miembro de la clase que rema, lo que le ha permitido alcanzar el buen puerto del poder, sería pasar ya de la especulación al puro tanteo. Ni textual ni históricamente resulta factible esto en lo más mínimo. El que el anticlericalismo y la actitud antinobiliaria de Lázaro agrade a semejante tipo de lector, perteneciente a la clase que asciende socialmente, no es

(9) José Antonio Maravall, «La oposición político-religiosa a mediados del siglo XVI. El erasmismo tardío de Felipe de la Torre», *La oposición política bajo los Austrias* (Barcelona: Ariel, 1974), p. 57.

(10) Nos hallamos en una posición polar, pues, a la de Caso González en «La primera edición», pp. 201-202, donde se presenta la actitud del autor anónimo como la de un noble que resiente la subida de los nuevos ricos. En «Caracterización literaria e ideología social», insistimos en que el texto del *Lazarillo* no es compatible con la interpretación que ve una burla despiadada, y un ataque a las aspiraciones de clases de Lázaro, por parte del autor.

Queremos agradecerle a Luciano García Lorenzo una charla que nos aclaró ciertos aspectos que figuran en este párrafo, aunque, por supuesto, nos hacemos responsables de lo ahí escrito.

prueba suficiente, como tampoco lo sería hallar un caso de un individuo que ha subido por sus propios méritos a ocupar un puesto reservado generalmente a la nobleza o al clero durante esta época. Si hemos incluido estos últimos dos casos en nuestros comentarios, ha sido, no tanto por un afán de abarcar todas las posibilidades (está visto que no pudimos incluir a la última bajo esta categoría), como con la esperanza de que las primeras dos especulaciones resulten y resalten como más convincentes, dentro, desde luego, de lo que cabe.

Extraña asimismo lo poco comentada que ha sido la posibilidad de que otra mano se metiera en el manuscrito como parte íntegra de él. No nos referimos ahora a la idea de varios autores, pues. Pensamos más bien en la muy lógica presencia de un escribiente que redactara la carta del muy probablemente analfabeto Lázaro¹¹. ¿Consideró en algún momento el autor darle un papel activo a este nuevo personaje? Más que puente entre lo que Lázaro dice y lo que se lee, acaso concibió a este personaje como el «socarrón impenitente» y «ávido gustador de burlerías» que otro vio en Vuestra Merced¹². Esta idea de un escribiente que alterara lo que Lázaro dice, bien podría empezar a explicar el enigma aquí entre el final del «Prólogo» y la condición exclusivamente clerical de la clase explotadora. El autor no llevó a cabo semejante idea, por las razones que fuesen; pero de alguna forma, el diseño estructural original permaneció. Ciertamente ayudaría mucho tal posibilidad a explicar la teoría de una división entre narrador y protagonista que ha cundido entre cierta crítica¹³. No haría falta ahora violar las propias premisas de la ficción autobiográfica para apreciar cómo un autor puede contrade-

(11) La idea de una epístola hablada que desarrolló Claudio Guillén, precisamente en un trabajo que se inclina hacia la tesis opuesta a la nuestra por cuanto defiende la integridad textual del *Lazarillo*, representa uno de los pocos casos donde siquiera por insinuación se alude a la presencia de un escribiente. Véase «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*». *Hispanic Review*, XXV, 2 (April, 1957), p. 268.

(12) Fernando Lázaro Carreter. «La ficción autobiográfica en el '*Lazarillo de Tormes*'», *«Lazarillo de Tormes» en la picaresca* (Barcelona: Ariel, 1972), p. 46.

(13) Didier T. Jaen, en «La ambigüedad moral del *Lazarillo de Tormes*», *Publications of the Modern Language Association*, LXXXIII, (March, 1968), pp. 130-134, plantea con mucha razón, a nuestro parecer, los argumentos en contra de semejante idea de una dualidad técnica.

cir, desde esa misma técnica de la primera persona, a su protagonista. No es el autor el que se burla aquí del personaje, sino otro personaje dentro de la novela, o sea, el escribiente, un autor-personaje. Confundida por la permanencia de ese diseño original, e ignorando, a nuestro parecer, la realidad novelesca que acaba por imponerse, la crítica se desvía por ese camino de la dualidad narrativa e ideológica.

Es difícil, naturalmente, llegar a saber con seguridad hasta qué punto un lector de la época daría por sentado cosas que hoy nos eluden. ¿Sería legítimo pensar que dicho lector asume en seguida que Vuestra Merced es un noble, o un miembro del clero, o que la presencia de un escribiente que hace algo más que simplemente transcribir las palabras de Lázaro, es bastante explícita? Y, por supuesto, mucho más difícil es averiguar si estas especulaciones nuestras de veras llegaron a preocupar al autor.

También dentro de las especulaciones, existen grados. Si bien el autor en ningún momento nos especifica la condición social de Vuestra Merced, definiéndolo laico o religioso; y si bien la presencia y el papel del escribiente quedan asimismo sin especificar, menos vago se nos antoja el otro problema del enigma entre el final del «Prólogo» y el papel excluyente del clero en esa lucha de clases. Precisamente de este enigma es que han surgido las especulaciones aquí. Aparte del valor que como tales puedan tener respectivamente, hay que reconocer que ese origen enigmático queda por resolver. Una especulación más general parece por el momento ofrecer la respuesta más convincente: el enigma brinda nueva fuerza y prueba para considerar el *Lazarillo* un texto incompleto.

EUGENIO SUÁREZ-GALBÁN